

# RECADO EN LA NOCHE

Por *Margarita Alexander*

ENRIQUE CALKINS cerró la puerta del establo y aseguró la cadena con el candado. Se sentía orgulloso porque su papá le había confiado la atención de Pampa, la vaca manchada, y de Vera, su ternerita retozona.

El papá se había ido a la zona del río Chippewa, del Estado de Wisconsin, Estados Unidos, para tratar de conseguir trabajo cuando comenzara la temporada del acarreo de troncos, en primavera. Sería un trabajo duro, y a veces peligroso, pero con el dinero que ganaría, hacía planes de comprar madera para construir su nueva casa.

Enrique llevó cuidadosamente el balde de leche a la cabaña de troncos donde vivían. Se lavó luego las manos en la palangana que había en el rincón y se sentó a la mesa. La mamá tenía ya la cena lista, y Marlene y Cora, sus hermanitas, estaban esperándolo. Tenían hambre.

-Si sigue el tiempo tan benigno, el río se abriará antes -dijo Enrique-. La nieve se ha puesto muy fangosa alrededor del establo, y esta noche será otra noche templada y nublada.

-Cuanto antes se abra el río, tanto antes volverá a casa papá -le hizo notar la mamá.

Después de cenar, Enrique se sentó junto al fuego para engrasar las botas. Estaba cansado, y bostezó. En eso oyó que alguien llamaba a la puerta.

-¿Quién podrá ser? -preguntó la mamá. En esa pequeña localidad casi todos se conocían, y su vecino más cercano vivía a casi dos kilómetros, cuesta arriba.

-¡Calkins, Calkins! ¿Está Ud. ahí? -llamó una voz.

-Estoy segura de que es el Sr. Roberts -dijo la mamá dirigiéndose a la puerta para quitar la tranca que la aseguraba. El vecino entró.

-¿Pasa algo? -preguntó la mamá.

-Es Clara -dijo el Sr. Roberts-. Ella necesita al médico. ¿Puede Calkins...?

-El no está aquí -lo interrumpió la mamá-. Pero Enrique irá a buscar al médico.

-Dios te bendiga, Enrique -dijo el hombre alto y corpulento-. Yo tengo que regresar.

Enrique miró afuera. No había luna. Las nubes ocultaban las estrellas. El sendero estaría fangoso. El no tenía deseos de descender hasta el Valle del Pino para llamar al Dr. Boyd.

-Será mejor que te pongas la chaqueta gruesa de abrigo -dijo la mamá-. Hará frío cuando regreses.

Enrique suspiró, y la mamá le echó una mirada.

-¿Preferirías quedarte y cuidar de tus hermanitos? -le preguntó-. Yo puedo ir.

Enrique miró el sendero. No sería apropiado que la madre fuera, y el papá le había encargado que se hiciera responsable de las cosas.

-Yo iré -dijo tomando su chaqueta.

Salió trotando por el sendero que conducía al valle. El sendero descendía gradualmente hasta llegar al arroyo Sorghum que quedaba al borde de la aldea. Trató en no pensar en los osos ni en los gatos monteses que, según se decía, todavía habitaban en los bosques.

Se sorprendió al encontrar que en casi todo el trayecto, el sendero estaba en buenas condiciones. Sólo había fango en los tramos sombreados por los árboles donde el sol no penetraba. La primavera estaba más cerca de lo que él se había imaginado. De vez en cuando resbalaba en el fango, y una vez hasta se cayó. Pero se levantó rápidamente y siguió corriendo. Pronto llegó a la orilla del arroyo. Sólo una angosta franja de hielo lo separaba de la aldea.

Pisó cuidadosamente en el hielo. Parecía que cedía un poco bajo su peso. El agua fluía por las anchas grietas. Enrique se encontraba casi en la mitad del arroyo, cuando de pronto pisó sobre una grieta muy ancha; y al apoyarse sobre el hielo que estaba adelante, éste cedió. El hielo se astilló en todas direcciones, y Enrique se hundió en el agua helada hasta las axilas. Trató de treparse al hielo que estaba más adelante, pero cada vez que se apoyaba en un pedazo de hielo, éste se rompía. Había perdido los



guantes y se le empezaban a entumecer las manos de frío. Faltaba sólo un metro de hielo entre él y la orilla. Se arrojó hacia adelante. Si lograba hacerlo una vez más, saldría.

Por fin llegó jadeante a la orilla. Estaba tan entumecido por el frío, que creyó que no podría ponerse de pie, pero el Sr. Roberts contaba con él. Usando todas sus fuerzas, logró incorporarse, y a los pocos instantes estaba llamando a la puerta del Dr. Boyd.

El Dr. Boyd se apresuró a ensillar su caballo.

-Remontaré el arroyo y buscaré un lugar donde el caballo pueda cruzar -dijo-. Y, Martha -añadió dirigiéndose a su esposa-, atiende a este muchacho para que tenga un baño caliente y vaya a la cama. Me detendré en su casa y le diré a la mamá dónde está.

Una hora después Enrique se había dado un baño caliente de bañera y se había puesto una camisa de dormir del Dr. Boyd que le cubría los pies y arrastraba por el suelo. La Sra. Boyd le preparó una cama, y él se durmió casi tan pronto como apoyó la cabeza en la almohada.

Cuando Enrique se despertó, la luz entraba a raudales por la ventana, y el Dr. Boyd lo estaba mirando desde la puerta.

-¿Cómo está la Sra. Roberts? -preguntó Enrique.

El Dr. Boyd tenía una gran sonrisa en su rostro.

-La Sra. Roberts está bien -dijo-, y Roberts me recomendó que te dijera que tienen un lindo muchachito. Lo llamarán Enrique, como tú; y esperan que sea un muchacho tan valiente como tú.

Enrique sonrió.

-Yo no fui valiente -dijo-. Tenía mucho miedo.

-Eso es lo que significa ser valiente -afirmó el Dr. Boyd-. Tener miedo, pero de todas maneras, ir.